

Occidente, tierra de blancos...El viaje de Ken Bugul a Europa.

Isabel Esther González Alarcón¹.

¹ Profesora Asociada del Área de Filología Francesa. Departamento de Filología Francesa, Lingüística y Didácticas de la Expresión. Universidad de Almería. Almería.

España

Correspondencia: Isabel Esther González Alarcón. Departamento de Filología Francesa, Lingüística y Didácticas de la Expresión. Facultad de Humanidades. Universidad de Almería. Ctra. De Sacramento s/n. 04120- La Cañada de San Urbano (Almería).E.mail: igonzale@ual.es

© Revista Internacional de Estudios Migratorios. CEMyRI. UAL (España)

Resumen

Occidente, tierra de blancos... El viaje de Ken Bugul a Europa

Introducción: En el presente trabajo relataremos el viaje iniciático de Ken Bugul en Europa. Un viaje que nuestra escritora deberá realizar para encontrarse consigo misma y alejarse del abismo que la aterra desde que su madre la abandonó, dejándola, a la edad de cinco años, gritando, desconsolada y sola, en el andén de una estación de tren en el momento de la despedida. África representa el calor humano, la tribu así como una mezcla de paisajes y de colores que nuestra escritora porta en ese equipaje hacia Occidente...tierra de blancos, la tierra de sus antepasados los galos...allí donde se encuentra, o así pensaba ella, el paraíso terrenal. Como objeto de estudio para dicho análisis escogeremos su primera novela *Le baobab fou* donde hace partícipe al lector de sus primeras vivencias en Europa.

Palabras Clave: Occidente, madre, blancos, viaje, baobab.

Recepción: 07/10/2011

Aceptación: 15/11/2011

Publicación:

16/11/2011

Abstract

The Western World, land of the white man...Ken Bugul's journey to Europe

Introduction: In this abstract, we will speak about Ken Bugul's initial journey in Europe. A journey, which our writer had to do in order to find herself, and to distance herself from the hell which had been destroying her since her mother abandoned her. Leaving her at the age of five, screaming, inconsolable and alone, when parting from her on the platform of a train station. Africa represents human warmth, the tribe together with a mixture of landscapes and colours is what our writer carries in her baggage towards the Western World...land of the white man, the land of her ancestors, the Gauls...that's where she would find, or so she thought, paradise on earth. For study purposes of this analysis we have chosen her first novel *Le baobab fou* where she makes the reader participate in her first experiences in Europe.

Keywords: The Western World, mother, the white man/white men, journey, baobab.

Received: 10/07/2011

Acceptance: 11/15/2011

Publication: 11/16/2011

1. Introducción.

Existe el preconcepción de que la creación literaria de las escritoras africanas es escasa en comparación con la de otros continentes u otras lenguas. En este sentido, debiera recordarse que los estudios realizados sobre la riquísima literatura oral africana (de la que se han rescatado algunos nombres masculinos) han dejado de lado el aporte de muchas mujeres, creadoras anónimas en ámbitos tan variados como el hogar, la corte o los campos. En realidad, son las africanas las principales protagonistas de este patrimonio oral, colectivo, en su mayoría, anónimo¹.

Podríamos decir que el primer paso importante que se produjo en la literatura africana fue sin duda el salto de esta literatura oral a una literatura escrita², con la aparición en 1920 del primer texto africano escrito en lengua francesa (Amadu Mapaté, 1920). El segundo, fue el paso de una literatura “tutelada” a una literatura verdaderamente africana.³ El tercero y último, el paso de una literatura exclusivamente masculina a una literatura de autoría también femenina⁴. Al margen de la temática de género, las autoras africanas como Aoua Keita⁵ (1975) o Aminata Sow Fall (1987) abordan una extensísima

¹ “Durante largos siglos, las africanas han creado literatura, han compuesto al anochecer alrededor del fuego en las reuniones del poblado, los han entonado en grupo en los campos de cultivo, también los han recitado solemnemente en palacios de reyes. Las africanas han sido, en gran parte, la memoria de sus pueblos, las encargadas de transmitir a los niños las historias de sus antepasados. Desde tiempos remotos Madre África se ha expresado por boca de sus hijas. Desde hace incontables estaciones de lluvia, las hijas de África han escrito sobre amores, revoluciones, destierros y sueños” (“Las voces del arco iris - textos femeninos y feministas al sur del Sáhara” Verónica Pereyra y Luis María Mora, México: Editorial Tanay, 2000. http://www.mujerpalabra.net/creadoras/derivadas/creadoras_africanas2.htm).

² En la sociedad africana, como en todas aquellas que en sus orígenes fueron sociedades basadas en la transmisión oral, este tipo de manifestaciones literarias sigue estando en vigor, en los ámbitos poco públicos y ello gracias básicamente a la mujer.

³ Una literatura a cargo de los propios africanos bajo la atenta mirada del colonizador. *L'enfant noir* (1953) de Camara Laye, *Le pauvre Christ de Bomba* (1956) y *Mission terminée* (1957) de Mongo Beti o *Un nègre à Paris* (1959) de Bernard Dadié, son algunos de los textos que se publican durante ese periodo.

⁴ “De manera más o menos unánime, los especialistas sitúan los orígenes de la literatura africana escrita por mujeres en los años que siguieron a las independencias, más concretamente en el periodo denominado de 'desencanto' (1969-1985). Si bien es a partir de este momento cuando, en efecto, las mujeres negroafricanas empiezan a publicar de manera regular e ininterrumpida, esta datación global exige algunas aclaraciones. En primer lugar, hay textos anteriores a esta fecha que, por razones de cánones literarios, no han contado con el interés de la crítica. En segundo lugar, y aunque es cierto que el primer texto literario femenino africano, nos referimos a *Rencontres essentielles*, de Thérèse Kouh-Moukoyou- sale al mercado en 1969, la mayoría de las publicaciones se agrupan en los años que van de 1975 a 1983 (...) Por su carga temática, por el uso que la autora hace de las técnicas narrativas, y sobre todo, por el tono general de la obra, *Le baobab fou* marca el paso definitivo hacia la segunda generación de escritoras africanas, generación que, sin olvidar el camino recorrido por sus predecesoras, se muestra mucho más atrevida y reivindicativa tanto en el fondo como en la forma (*Le baobab fou* de Ken Bugul: Una escritura del desarraigo. Elena Cuasante. En Afroeuropa: Journal of Afroeurpean Studies, vol 1. nº 2 (2007) <http://journal.afroeuropa.eu/index.php/afroeuropa/article/view/19/18>).

⁵ Aoua Keita (1912-1980), una de las pocas mujeres universitarias de su tiempo, tiene un papel central en la creación del *Rassemblement Démocratique Africain* (RDA), nacido en Bamako con la misión de quebrar los lazos coloniales. No es casual que su novela autobiográfica *Femme d'Afrique. La vie d'Aoua*

gama de aspectos de la realidad en sus novelas. De hecho, finalizada la etapa de luchas de liberación nacional, el desencanto producido por las independencias políticas, al igual que ocurre entre los escritores, aparece reflejado con no menos crudeza en la literatura de las mujeres. El tema principal de sus escritos se centra en la búsqueda de cambios, de justicia, de una libertad tanto individual como nacional.

A partir de 1980 comienza a notarse una tendencia hacia visiones más críticas de la situación de la mujer africana. Mariama Bâ (1979) en *Une si longue lettre* o *Juletane* de Myriam Warner-Vieyra (1982) son una prueba de ello. Al disfrazar a sus personajes con trajes de ficción, rechazando el uso de personajes reales tales novelas lanzan mensajes arriesgados sin comprometer directamente a sus autoras.

Sin embargo, Ken Bugul⁶, nuestra escritora, desea ir más allá y despojada de todo disfraz, denuncia, por medio de su novela autobiográfica *Le baobab fou*, la situación de la mujer tanto en la sociedad africana como en la sociedad europea (Cuasante Fernández, 2007).

En el presente trabajo relataremos el viaje de Ken Bugul a Europa. Un viaje que no termina calmando el abismo que la aterra desde que su madre se marchó de su lado. Ella, producto híbrido de una infancia desgraciada en la madre África y de una educación francesa, no encuentra su lugar tampoco en Europa. Buscando desesperadamente en tierra de blancos, sus antepasados, el amor, la ternura, el calor de esa madre ausente, la protección perdida, caerá en todas las trampas y probará todos los frutos prohibidos. Se verá hundida en el precipicio de la desgracia, pero fuerte se levantará una y otra vez para continuar su incesante lucha contra la locura, la desesperación, el racismo y la necesidad humana.

Explicar la vida y obra de Ken Bugul no es un objetivo meramente informativo ya que su vida y obra son inseparables, ambas van juntas de la mano como si de la cara y cruz de una moneda se tratase.

Kéïta racontée par elle-même centre su interés en el combate político de las mujeres contra formas de opresión diferentes a las del colonialismo.

⁶ A raíz de *Le Baobab fou*, que apareció en 1982 (una novela autobiográfica que conmovió la literatura femenina africana) los editores, evitando un posible escándalo, propusieron a nuestra escritora un pseudónimo. Ésta, bajo presión, decidió escoger el nombre de *Ken Bugul*, nombre de la protagonista de *Le Baobab fou*. Tal apelativo en wolof significa “personne n’en veut”, “la que nadie quiere”. *Ken Bugul* tiene también un significado especial para nuestra escritora: el sentimiento de marginación frente a dos sociedades (la sociedad tradicional y la sociedad moderna, occidentalizada, “la que ha evolucionado”, tal y como así nos la presenta ella).

Ken Bugul, nació en 1948 en Ndoucoumane, un pequeño pueblo de Senegal. Creció felizmente dentro de un matrimonio polígamo, sin embargo a la edad de cinco años sufrió la desgarradora separación de su madre. Ésta abandonaba el domicilio conyugal. Era su padre entonces, un morabito de 85 años, quien se hacía cargo de ella. Su infancia, sin el calor de su madre y con un padre de familia distante vendría marcada por una profunda soledad abrazada siempre a sus *baobabs*⁷ cómplices y confesores. Gracias a la escuela francesa y a sus brillantes resultados académicos Ken Bugul pudo cursar estudios universitarios en Dakar, la capital. De ahí se marchó a Bélgica con ayuda de una beca de estudios. Este cambio de culturas, de ciudades, así como de continentes hicieron de ella una mujer totalmente distinta. Sus orígenes, las tradiciones africanas se encontraban ya muy lejos. Ésta olvidaba de su memoria la condición de mujer senegalesa. Sin embargo, su exilio en tierra de blancos no hizo más que confundir su búsqueda de identidad, una identidad que no encuentra, desde aquel fatídico día en el que su madre se separó de ella. Una madre que dejaba a una pequeña de cinco años, nuestra pequeña Ken Bugul, gritando desconsolada y sola, en el andén de una estación de tren en el momento de la despedida:

¿Por qué se había marchado la madre? ¿Por qué me había dejado tan sola bajo el baobab? (...) No hay que dejar nunca solo al niño en el baobab. La madre no se tenía que haber ido nunca. ¿Por qué se tuvo que marchar? (Bugul 1982:175).

África representa el calor humano, la tribu así como una mezcla de paisajes y de colores que Ken porta en ese equipaje hacia Occidente... tierra de blancos, la tierra de sus antepasados los galos... allí donde se encuentra, o así pensaba ella, el paraíso terrenal.

2. Occidente, ¿Paraíso Terrenal?

Había obtenido una beca de estudios. Era más bien para marcharme de allí que para continuar verdaderamente los estudios. Yo quería descubrir otros mundos o encontrar en alguien ese lazo de unión sagrado que me faltaba. ¿Por qué no ir en busca de mis antepasados los galos? Dios así lo quiso. La beca me fue concedida. Y fue el gran viaje (Bugul, 1982:178).

⁷ El *baobab* es el símbolo nacional de Senegal, el antepasado de todos. Sin este árbol sagrado el pueblo no existe. Abraza, da fresco, protege a la comunidad. Fuerte, prácticamente inmortal, acoge con sus ramas a todos los habitantes del pueblo que se ponen bajo su protección. El referente de nuestra escritora. Para Ken Bugul el *baobab* es el África inmensa, coloreada, tierna y tutora: su país.

De Dakar, atraviesa toda África y se adentra en Occidente. Tiene miedo, miedo a lo desconocido, miedo a dejar su pueblo, la arena, el suelo que la había mecido durante toda su infancia. Era un universo tan distinto el que le esperaba en Europa, una cultura tan diferente:

Dios mío, ¡dejaba el suelo que me había visto nacer! El país resplandecía de luz y sol, y sin embargo yo tenía tantas ganas de salvarme lejos de allí. Cuando por un momento temí que nunca saldríamos de allí unos altavoces que había que adivinar más que escuchar, una voz anónima pero que estaba allí lo anunció: Salimos ya (...) casi me caigo dos veces, pero por fin entré en el aparato. Madre mía, parecía el polo norte y estaba iluminado como una amante en plena noche de luna llena. Yo temblaba, no sólo de frío, sino también de nervios. Una joven que parecía ser simpática con todo el mundo me llevó a mi sitio y me sonrió. Yo me postré en el sillón, parecía cómodo y seguro (Bugul, 1982:34).

Dejaba la luz, el sol de su tierra. Los primeros fríos la van a recibir en este avión, unos fríos que penetran en ella tanto a nivel físico como psicológico. El avión era su primer contacto con dicho exilio, un lugar...glacial:

La misma voz suave surgió de no sé dónde y me dio un susto de muerte, anunciando el aterrizaje en París en unos minutos. La llegada se parecía a la salida. Los mismos movimientos de los reactores. Me agarré de nuevo al asiento, la misma angustia, me vino entonces a la mente el berrido desesperado del cordero degollado, como por arte de magia. Cerré los ojos hasta que las ruedas no tocaron el suelo de la pista. Los altavoces difundían una música suave y todo el mundo empezaba a coger sus cosas (1982:38).

Podríamos afirmar que Occidente acababa de “dar a luz” a una nueva niña: Ken Bugul. A través de sus ojos intentando comprender nuestra civilización y su funcionamiento, percibimos los sentimientos que esta pequeña adolescente recién llegada a nuestro continente puede experimentar frente a nuestra realidad. De ahí que comprendamos todas las sorpresas, admiraciones y sobresaltos de nuestra autora niña a su llegada a Europa (1982: 47).

A partir de aquí el texto va a organizarse en forma de flash-back. A cada experiencia traumatizante se refleja, casi a modo de espejo, el recuerdo o el deseo del nido familiar. El *Centre de jeunes filles catholiques*, lugar donde se hospedaría durante sus primeros meses en Bélgica era otro mundo. El juego de palabras empleado por nuestra autora en

estas páginas sobre lo que es frío y (o) caliente muestra el límite de estos dos continentes tan lejanos: África y Occidente. Ken, en su imaginación, compara la habitación glacial y triste que le ha sido asignada con otro tipo de habitación allí en Ndoucoumane, su pueblo natal:

Era ya tarde, hacía frío y tenía sueño a pesar de todo. Sin embargo, cuando me aparté de la ventana, me desvelé. Ví una pequeña habitación, con una cama pequeña, un armario pequeño, una mesa pequeña, una silla pequeña y encima de la cama, un pequeña cruz, Cristo.

La primera vez que imploré a mi país pidiéndole socorro. Tenía miedo de todo aquello que me rodeaba. Sobre todo de la soledad, del frío, del pequeño Cristo encima de la pequeña cama.

¡Ay ! ¡qué camas tan calientes había en África, y con qué vida, que te hacen sentirte segura, y qué humanas! Todo el mundo estaba allí. Las respiraciones de los sobrinos pequeños, el sueño profundo de los niños pequeños. La hermana está allí, la madre está allí, los animales domésticos no se encuentran muy lejos. Es magnífico cuando todo duerme junto.

Me fui desvistiendo poco a poco y evitando, con cuidado, mirar al pequeño Cristo (...) jamás comprendí por qué en la religión católica, se vestían a los santos de un modo tan indecente (Bugul, 1982:42).

Añora África, sus animales, la familia reunida. Ella es hija de otra cultura en la que todos descansan juntos, dando más calor al hogar, como ella misma nos confiesa en estas líneas. Europa era tan distinta. Aquí la gente vivía sola. Y lo que para ella resultaba más extraño aún, amaban esta soledad, su independencia, su manera de vivir, esa manera de vivir que ella no entendía. Y además hacía frío. Llovía. Ken echaba tanto de menos el calor de su tierra, su sol africano.

Hasta ahora, nuestra escritora, con un profundo deseo por occidentalizarse y con la absoluta convicción de que la cultura francesa interiorizada en la escuela francesa te hace ser una ciudadana como cualquier otra, se da cuenta de que no es así, que ella no es como las otras, que es diferente, que, en definitiva, es extranjera.

¿Qué debemos evitar en nuestras vidas? ¿El aborto? ¿Las drogas? ¿El maltrato? ¿La prostitución? ¿La desesperación? Ken caerá en todos ellos, bien por debilidad, por desconocimiento, por ignorancia o por curiosidad incluso. Todos ellos son los obstáculos que componen el camino que Ken deberá recorrer en Occidente para ir despojándose de sus ilusiones y de sus fracasos. Destruirlo todo para poder regresar, limpia, sin recuer-

dos. La búsqueda incesante de ternura (que no de amor, Ken conoce bien la diferencia) le ocasiona un embarazo no deseado, viéndose en la obligación de tener que interrumpirlo como única solución:

Efectivamente, lo está.

Para mí, es como si me estuviera diciendo que tenía un resfriado, que había cogido una corriente de aire entre los omoplatos.

Me quedé en silencio como si no hubiera entendido nada.

- ¿Entonces?

- No sé, doctor

-¿Cómo que no sabe? ¿Es de un blanco o de un negro?

Su pregunta me cogió por sorpresa (...)

¿Un blanco o un negro? ¿Qué pregunta era esa?

¿Un blanco? ¿Un negro?

Por primera vez, me dí cuenta de que una mujer podía quedarse embarazada de un negro o de un blanco (...) Allí mismo encima de la mesa, abierta de piernas pensar en Luís me produjo náuseas (Bugul, 1982:59-60).

Y de nuevo se apodera de ella un nuevo flash-back, una vuelta al pasado, un “lo que podría haber sido en su pueblo”, hecho que la deja exhausta y peligrosamente deprimida:

Me negaba a pensar que todo eso había sido consecuencia del colonialismo. Si yo me hubiera quedado embarazada allí jamás hubiera abortado. Un sistema de valores preestablecidos, un contacto más sano de la sexualidad impiden esta situación. De ahí que la mujer llegue tan joven al matrimonio. Un aborto era muy raro en cualquier pueblo tradicional. Había medios ancestrales para evitar embarazos no deseados. La familia implicada se ocupaba de ello y sólo las mujeres se encargaban de hacerlo. Generalmente, la madre de la hija o la hermana del padre...Léonora me confesó que ella también sufrió un aborto, a saber si todas las mujeres no pasan por lo mismo en todas las partes del mundo. (Bugul, 1982:66).

La soledad, de nuevo la soledad para esta mujer que se busca en vano en un país, que, y es así como ella lo siente, la rechaza en todo momento a pesar de todos los esfuerzos que hace por integrarse en él. Es cuando vemos aparecer en estas líneas de la novela la primera referencia al núcleo central de su obra, al hilo conductor de su vida: la confraternidad femenina. Aquí, no existe el color, las mujeres, sea cual sea su origen, tienen

que ayudarse y así lo hacen en *Le baobab fou*. Son conscientes de que la vida no es un camino de rosas⁸ y que más allá de las razas son ante todo mujeres: “Me encontraba a gusto y feliz en compañía de Léonora. ¿Por qué las mujeres no estaban juntas más a menudo ? (...) Era algo tranquilo, algo bueno y maravilloso” (Bugul, 1982:66).

Sólo las mujeres pueden comprender a las mujeres. Es en este momento cuando el lector es consciente de la sinceridad de Bugul en su segunda novela *Riwan ou le chemin de sable* donde la escritora cuenta la experiencia, que califica de plena y maravillosa, de su matrimonio con el *Serigne* de Déroulère. Matrimonio feliz para Ken que vive, plena y radiante, en el harén⁹ del morabito, ella, la vigésimo octava esposa de este hombre con quien descubre, ahora sí, la sensualidad y el amor de verdad¹⁰, ella, con la experiencia que ya trae de la vida...

Observamos cómo el dolor ocasionado por esta madre que aparentemente nunca la quiso no modificó en absoluto los sentimientos que Ken posee hacia las mujeres en general a las que considera hermanas, amigas, almas gemelas:

En cuanto dos mujeres aparecían juntas se les tachaba de lesbianas (...) Yo descubría la amistad entre mujeres y me decía que las mujeres debían estar juntas.

Las mujeres se odian, se ponen celosas, envidiosas, se van. Ignoran que no hay “mujeres”, sino sólo “la mujer”. Éstas deberían quedar más tiempo juntas solas, conocerse mejor, impregnarse bien las unas con las otras. Tienen que contarse muchas cosas ya que son parecidas. Liberarse no es desatarse de sus semejantes para buscar la amistad, la compañía del hombre. Allí en el pueblo, las mujeres se daban consejos, se confesaban, vivían juntas. ¿Por qué aquí se intenta alterar lo que es natural? Insatisfechas, reivindicaban. ¿Pero qué reivindicaban? Para poder estar bien con los otros, con el hombre es necesario que las mujeres estén bien con ellas mismas en

⁸ “¿El sufrimiento de las mujeres, sea cual sea sus orígenes, su naturaleza y su estatus social es un asunto que nos atañe a todas nosotras! (...) No tenemos, nosotras, tantas como somos, que olvidar nunca que la palabra ‘jay !’ que expresa el sufrimiento se dice en todas las lenguas y de la misma manera” (Beyala, 1995:104-105).

⁹ Ver González Alarcón, I. Esther, “Musc, petit pagne et polygamie », *Francofonía*, 2010, n. 19: 84-97

¹⁰ “La experiencia poligámica de Ken Bugul nos es presentada – y quizás sea esto lo más sorprendente– como la experiencia de una vivencia personal, sino como una realidad de carácter universal: la poligamia es el lugar de la sensualidad, de la confianza y del Orden. Y además la poligamia representa también para ella el espacio – simbólico y real- de las mujeres que le habían sido negadas anteriormente. La narradora presenta su historia (su unión con el *Serigne*) como el hecho de haber alcanzado por fin la felicidad que tanto buscaba” (Díaz Narbona, 2001:128).

su piel y entre ellas. Es necesario que las mujeres se acepten entre sí (Bugul, 1982:100).

Finalmente, nuestro personaje termina encontrando ese estado de aparente calma al lado de un hombre, un hombre blanco, Jean Wermer, de nacionalidad belga. Con él, nuestra escritora vivirá uno de los períodos más tranquilos y estables de su estancia en Europa. Con él Ken conocerá otro mundo, el mundo de los artistas. Esa paz interior que tanto buscaba la encuentra, según así piensa ella, al lado de este pintor (1982:70).

Sin embargo, poco dura tal tranquilidad. La experiencia de la vida en común con Jean Wermer, a Ken sólo le aporta desequilibrio y desolación¹¹ y como en cada momento que ésta sufre, de nuevo nos aparece la comparación con la imagen de África, su África: “Jamás había conocido eso. En el pueblo, allí, los hombres no engañaban a sus mujeres. Las noches las pasaban juntos, hasta que el hombre le echaba el ojo a otra mujer delante de todo el mundo, hecho conocido por todos y por la esposa” (Bugul, 1982:70-71).

Se da cuenta de que Europa tampoco puede calmar este abismo que la aterra. Es en este silencio resignado que continuará sus días en Occidente, acercándose cada vez más a un mundo sin salida donde el suicidio o la muerte son el único remedio a ese *spleen bode-leriano* del que hace gala el poeta romántico simbolista de finales del siglo XIX.

Ken esperaba, así como Baudelaire (1991) en *Les Fleurs du Mal* o George Moore (1978) en *Pagan Poems*, el absoluto imposible. Su infancia así como su adolescencia habían sido testigos de esta búsqueda constante del Ideal. ¿Quiénes eran los responsables de tal desesperación? ¿El colonialismo? ¿La escuela francesa? ¿La separación de la madre?:

¹¹ “Una noche Jean Wermer salió, solo, por primera vez desde que estábamos juntos. Me quedé sola leyendo, escuchando música, apreciando la dulzura de esos instantes en los que la soledad hace tanto bien. El tiempo pasaba y Jean Wermer no venía. Empezaba a ponerme nerviosa, no pensaba en accidentes sino en dónde podía estar y con quién. La angustia horrible de la espera (...) Jean Wermer llegó por fin. Qué placer al verlo. Me tranquilicé pero en el fondo de mi corazón, una herida comenzaba a sangrar. Me dio rápidamente dos besos en las mejillas y luego me dijo que fuéramos abajo, a la entrada. Mi corazón latía fuertemente, pero intenté mantener la calma.

...Jean Wermer comenzó a hablar:

Lo he estado pensando y creo que tienes que saberlo: tú sabes que yo estoy a gusto contigo, no podría contártelo todo porque parte todo de mi infancia, me gusta estar con hombres.

¿Dónde está el mal? le dije yo.

No lo has entendido bien, tengo cierta tendencia homosexual.

Si no he venido esta noche es porque la he pasado con un hombre.

¿Qué quería que yo le dijese? Yo sabía que existían los homosexuales, en mi pueblo había uno. Yo misma tuve un esclavo homosexual que habíamos heredado, “Gor Djigen” le llamábamos. No daba crédito. Pero si Jean Wermer había estado casado, tenía hijos, y no era amanerado como Gor Djigen.

Tengo tendencias homosexuales, tendencias solamente, insistía. Tú eres mi preciosidad, como él me llamaba, cuando no me decía su princesa” (Bugul, 1982:70-71).

La soledad me seguía en silencio por todos lados. Yo huía de ella pero ella me perseguía, fumaba mucha marihuana y tomaba cada vez más opio, para buscar ese amparo, como cuando en el andén de la estación, en el pueblo, cuando mi madre se marchó (Bugul, 1982:110).

Sin embargo, ¿hasta qué punto el abandono de una madre tal y como nos lo presenta Ken Bugul puede definir nuestro destino, nuestros triunfos o nuestros fracasos? ¿Es la madre la única responsable de nuestros actos?: “¿Pero qué os he hecho yo, madre? ¿Y qué ha hecho usted?” (1982: 176).

La muerte del padre destruye aún más la imagen que ella tiene del sueño eterno, un sueño que nunca se hace realidad: “Regresé a mi país para el funeral del padre enterrado hacía un mes ya. Allí pasé quince días de melancolía diciéndome que allí tampoco encontraría el sueño eterno. Mejor sería dar media vuelta y seguir con el eterno suplicio” (Bugul, 1982: 95). Ken lleva consigo tanto el exilio interior (exilio que se forma inexorablemente a raíz del abandono de la madre y destruye a la niña y a la futura mujer) como el exilio exterior de una joven perdida en una sociedad que la considera más bien como un objeto de deseo o de curiosidad, que como ser humano. Hace gala de su nombre “Ken Bugul” (“la que nadie quiere”). No es querida por su familia, tampoco es querida por esta Europa que la ha despreciado, Ken se sumerge en el precipicio de la desesperación y bebe sola de esta copa que lleva por nombre prostitución:

Inconscientemente, me sentía irresistiblemente atraída por esta parte desconocida de Occidente que no te explican en los manuales. Tenía ganas de llorar, Tenía ganas de correr hasta el pueblo, de quedarme bajo el baobab y llorar hasta desvanecerme (Bugul, 1982 : 87).

Caer cada vez más bajo, sumergirse cada vez más en la inmensa soledad, esa soledad que va a terminar destruyéndola, por la falta imperdonable de una madre indigna que prefiera a la hija de su hermana mayor¹² y se marcha de su lado para siempre, sin darle más explicaciones:

Tuvieron que sujetarme, pues yo quería entrar en el tren con mi madre, cogérle de la mano y verla. Corrí detrás del tren, por los raíles (...) estaba con gente que a menudo me resultaba extraña. Había ido a ver al padre y preguntarle cuándo me marchaba yo. Ahora ya no era por qué la madre se

¹² “Una de mis hermanas había tenido un hijo, una niña, dos años después de mi nacimiento. Cuando volví a ver a la madre, ésta ya me había remplazado. Mi hermana era demasiado joven con quince años

había ido, sino ¿cuándo me iba yo? “Mañana” me respondía él. Pero nunca hizo nada. ¿Acaso los adultos no se daban cuenta de que el niño también sabe sufrir? ¿Los adultos no se dan cuenta de que los niños viven fuertemente las emociones? ¡Ay! cuántos trastornos ocasionó la marcha de la madre (Bugul, 1982:82).

Nos hallamos frente al momento clave de la vida de nuestra escritora, frente a la frontera que separa su pasado de su futuro. Una frontera infranqueable en la que Ken chocará constantemente. Maldición y castigo sin piedad que, como en la mitología, condena a Ken, la *Danaida* moderna, a volver a comenzar de nuevo un trabajo sin la esperanza de no verlo jamás terminado.

El fragmento anterior resume toda una larga historia de sentimientos fallidos, de soledades vencidas así como de desesperaciones omnipresentes en todo momento, ya que un niño sólo sabe vivir el presente, no el futuro. A partir de esta separación física la pequeña Ken Bugul va a sentirse siempre lejos de su madre, obsesionada por el calor de sus senos en las maravillosas noches africanas cuando entonces dormía unida a ellos. Ahora ya no tiene nada ni nadie en donde apoyar sus heladas mejillas:

Abandonada, me sentía sin los afectos ni el cariño de los míos, sin referentes emocionales... En el momento de la marcha de la madre, ¿por qué padre no me cogió fuertemente entre sus brazos? Este padre consagrado plenamente a la oración y a Dios (Bugul, 1982:143).

Ken vuelve a ver a su madre un año después, sin embargo la separación entre ellas era ya un hecho:

Volví a ver a la madre un año después de su marcha. Un año lleno de llantos y amargura. Y nadie para consolarme (...) el vacío que dejó la madre al marcharse nunca pudo ser sustituido (Bugul, 1982:129).

Tras este encuentro, Ken no vuelve a ver en la figura de esta mujer a *su* madre sino a *la* madre, una madre de todos menos de ella. De nuevo el silencio, la falta de complicidad, la ausencia de contacto físico, de calor, del calor que da la compañía de una madre, del amor, de la felicidad, de la infancia, etc. Sin embargo, Ken adora a su madre, observa y contempla a esta mujer que le habían arrebatado de su lado. Esta mujer a la que ella tanto ama. Esta mujer que ella ya no podía sentir cerca de sí. Esta madre que debía ocuparse de todos, de ese « todos » que tanto la alejaban de ella: “La madre y yo ya no

como para hacerse cargo de un bebé, y como le arrancaron a su retoño, ella me sustituyó. De tal manera que cuando yo llegué, ya no reconocí a mi madre” (Bugul, 1982:130).

hablábamos casi nunca y cuando lo hacíamos hablábamos de cosas superficiales pero ya no nos sentíamos como madre e hija. Cuando tuve mi primera menstruación me encerré aún más en mí misma” (Bugul, 1982:129). Ninguna complicidad:

Reprochaba a mi madre no haberme llevado con ella o no haberse quedado conmigo como sí lo hizo con el padre y con los otros desde hacía más de diez años. Nunca supe por qué mi madre tuvo que marcharse.

-Pero tú ibas a la escuela, es por eso por lo que yo no te pude llevar conmigo. (Bugul, 1982:114).

3. La escuela francesa.

¿Es entonces la escuela, la puesta en marcha de la escuela francesa la causa de este alejamiento? ¿Es la escuela la única culpable de su soledad? En todo caso, fue a consecuencia de ésta que Ken no pudo marcharse en aquel tren con su madre (1982: 114).

La cultura de los blancos se impuso en el corazón del continente africano por medio de la escuela francesa. Así como la Grand Royale¹³ en *L’Aventure Ambiguë* de Cheikh Hamidou Kane (1998), Ken Bugul piensa que la instauración de la educación francesa con la implantación de la escuela perjudicó, y mucho a las sociedades autóctonas africanas:

No teniendo ni hermano pequeño, ni hermana pequeña, había ido a la escuela francesa, la más chica de la única clase que había y la única niña de mi familia, contando todas las generaciones, en haber pisado una escuela.

(...) La escuela francesa que iba a cambiar mil mundos y mil creencias...

(Bugul, 1982:114).

Esta institución colonial simboliza para los africanos el puente hacia el mundo occidentalizado, la pérdida de sus tradiciones. Ken Bugul, es un claro ejemplo de ello, es el resultado de un producto híbrido nacido de esta escuela francesa instaurada en tierras afri-

¹³ “Vengo a decirlo lo siguiente: a mí, a la Grand Royale, no le gusta la escuela extranjera. La detesto. Sin embargo pienso que hay que enviar allí a nuestros hijos. La escuela donde yo propongo criar a nuestros hijos, matará en ellos, seamos sinceros, lo que hoy amamos y conservamos con esmero. Es probable que nuestros recuerdos mueran en ellos. Cuando regresen de la escuela puede que ya no nos reconozcan. Lo que yo propongo es que nosotros muramos en nuestros hijos y que los extranjeros, que nos han deshecho, ocupen en ellos todo el lugar que nosotros habremos dejado libre. Yo la detesto” (Kane, 1998:56-57).

canas, de esta escuela¹⁴ que nos describe muy bien Cheikh Hamidou Kane en *l'Aventure ambiguë?* (1998: 13).

Echa tanto de menos la vida en su pueblo. Sus atardeceres, sus veladas, aquellas noches de encanto bajo los *baobabs* y un cielo africano rebosante de estrellas. Occidente no conocía el espectáculo de la luna, esa luna *lorquiana*¹⁵ tan nuestra, en las noches donde ésta se presentaba en todo su esplendor. El pueblo, nido y cuna, calor y ternura, amor y protección es y será siempre para ella, el refugio ideal durante su dolor en su estancia en Europa. Calor y color frente a frío e indiferencia. Sus recuerdos son las únicas armas que la salvan de la desesperación y del suicidio (Bugul, 1982 : 18). A ello se añade la contradicción de pertenecer a dos culturas, la cultura francesa y la senegalesa. Cómo se puede sobrevivir con la piel negra y con orígenes galos : un gran drama para muchos africanos que desean viajar a sus raíces, como Bugul, unas raíces impuestas por los colonizadores. En el caso de nuestra escritora, éste será un viaje iniciático que destruye y rompe en lugar de reconfortar y enriquecer a quien lo lleva a cabo.

Desesperada, derrumbada, aún le queda una experiencia por probar: el suicidio (Bugul, 1982:17). Afortunadamente, ésta reacciona antes de la desgracia, su consciencia termina despertándola a tiempo. Occidente le ha robado sus ilusiones, sus sueños pero no le ha arrebatado lo más preciado...su vida.

Bugul, llena de rabia y de abismo se ve obligada a regresar a África antes de que sea más tarde. Es en su pueblo, bajo sus árboles queridos, lejos de la decepcionante *Terre promise* donde ella se siente protegida del mundo. Es por esta razón por lo que decide volver a casa, al lado de sus *baobabs*, aquellos que le habían oído tantas veces llorar su soledad.

¹⁴ Evidentemente existen otros casos de escritoras africanas (Aminata Sow Fall, Mariama Bâ, Calixte Beyala, etc.) que, con la misma trayectoria que nuestra escritora, han tenido más suerte que ésta, no suponiendo dicha escuela una desestabilización en sus vidas. A diferencia de Ken Bugul, éstas no echan de menos separarse de las tradiciones africanas y abrazar las costumbres occidentales del país que las recibe, como es el caso, por ejemplo, de Calixte Beyala en Francia. Éstas luchan además por la abolición de ciertas tradiciones africanas, tales como la poligamia, o la sumisión total de la mujer al hombre.

¹⁵ “Se hacía de noche / Era de noche / Era en mitad de la noche/ En la segunda mitad de la noche / Con la tierra fría / La Noche Nochera / Lorca” (Bugul 1999:221). El nombre del poeta andaluz en medio de este universo femenino africano nos ha gratamente sorprendido. Tal hecho justifica y explica los viajes de nuestra escritora mujer a Europa y el conocimiento que ésta posee de nuestra cultura. En realidad, la obra de Lorca tiene mucho que ver con todo este mundo de mujeres. Inevitablemente siempre nos viene a la memoria nuestra conocidísima y tan representada obra teatral de *La Casa de Bernarda Alba* (2005), cuyos personajes femeninos nos recuerdan a las mujeres que encontramos en la novela *L'Amour, la fantasía* (2001) de la escritora argelina Assia Djebar.

En medio de una verdadera crisis de identidad, la vuelta a sus raíces va a significar la puesta en contacto con la pureza, la autenticidad, en definitiva, con su infancia. Ken desea reconciliarse con los inicios de su existencia y es en Ndoucoumane, en Senegal, donde ésta apagará ese *spleen* y se reencontrará con las tradiciones africanas. Es entonces cuando Bugul decide convertirse, a la edad de treinta y dos años, en la vigésimo octava esposa de un importante y reconocido morabito. Es en ese momento, como coesposa, cuando nuestra escritora va a descubrir una verdadera paz interior. En *Riwan ou le chemin de sable*¹⁶ Ken Bugul (1999) nos relatará esta última experiencia.

Ya la metáfora « *le chemin de sable* » (el camino de arena) del título de su segunda novela evoca todo ese paso de la infancia a la edad adulta, de Occidente a África... de una vida a otra. Ken, por medio de su personaje, vive la poligamia como una experiencia espiritual, que le ayuda a reencontrarse con los suyos, a reconciliarse con su pasado... a ponerse de acuerdo con ella misma.¹⁷

Ken se encuentra verdaderamente a gusto en este nuevo mundo donde la poligamia¹⁸ reina en todos los hogares. Incluso se arrepiente de los años perdidos en Europa, donde el amor era tan distinto, no era el verdadero amor, por lo menos tal y como ella lo concebía y sentía ahora, al lado del morabito *Serigne*:

Jamás experimenté tales sensaciones (...) Desde el momento en que me hallé frente a frente con el *Serigne*, allí sólo se respiraba sensualidad (...) Supe entonces lo que era la sugestión, el amor en silencio y sentir escalofr-

¹⁶ *Grand prix* del África negra en 1999.

¹⁷ Veamos lo que la coesposa española Sonia Sampayo nos cuenta en relación a la poligamia en su libro *Princesa de África*: “En Europa hay una tendencia a ver la poligamia como una forma de saciar un apetito sexual desatado, pero es bastante más complicado que eso. El concepto se defiende socialmente por su origen religioso, sagrado para los seguidores del Corán. Pero también es una forma de estructurar la economía familiar, era la manera de asegurar la descendencia y la supervivencia de grupos familiares. Es una tradición antigua, con sólidas causas antropológicas, más allá de lo que Occidente considera una exhibición machista. Actualmente, tener más de una mujer supone haber llegado a cierto estatus, porque es cara la manutención de una familia donde hay dos o tres mujeres con sus hijos, y hace falta mucho espacio. En Louga solucionar el asunto del espacio es relativamente fácil. Todas las casas tienen una enorme terraza en lugar de tejado, de forma que se puede añadir otro piso si la familia crece. La familia de Pap ha crecido mucho en los años que he estado con él y se ha hecho una casa que será fácil de ampliar si hace falta. Pero cuando me casé con él, no tenía casa” (Sampayo, 2009:223).

¹⁸ Sembène Ousmane (2002) en *Les bouts de bois de Dieu*, da vida también a una joven con experiencias muy similares a la narradora-personaje de *Le baobab fou*. N'Deye Touti, dicha joven, vive en Dakar. Es una mujer culta, inteligente, guapa, alumna de l'École Normale en Dakar. Sueña con una vida « civilizada », con su príncipe azul y con llegar a ser una mujer moderna. Sin embargo, se enamora de Ibrahima Bakayolo, un hombre casado. N'Deye Touti, tan contraria siempre a la poligamia, propone a éste, ella misma, que la haga su segunda esposa, proposición que él no acepta. “Sufriendo la deshonra de un rechazo sin vuelta atrás, N'Deye Touti se esfuerza por reinsertarse en la vida de las mujeres del pueblo y en los trabajos cotidianos ” (Brahimi, 1998:51).

íos desde la mañana hasta la tarde. Yo estaba en todo momento disponible , siempre (...) ¡Ahora sí sentía haber alcanzado la autenticidad de las cosas, las sensaciones que sí valían la pena, las de verdad ! A las que yo había estado acostumbrada eran sensaciones programadas, planificadas, razonadas. El placer había llegado ya a unos límites estereotipados. Y sin embargo yo lo busqué por todos lados. Pero todo en vano. (Bugul 1999: 169).

Al mismo tiempo pone en entredicho con su discurso el emitido por tantas otras escritoras africanas como Awa Thiam (1978) en *La parole aux négresses*, Aminata Sow Fall (1987) en *L'ex-père de la nation*, Calixte Beyala (1987) en *C'est le soleil qui m'a brûlée*, o Mariama Bâ (1979) en *Une si longue lettre* etc., que han presentado y siguen presentando a la mujer africana como un ser víctima de su sociedad.

Ken Bugul en *Le baobab fou* se convierte en la narradora, ahora equilibrada, de una parte de su turbulenta historia. Los flash-backs que continuamente aparecen y desaparecen en el texto son la voz de la escritora que intenta consolar a su personaje indicándole en todo momento cómo puede salir de cada situación y qué pasos ha de seguir para ello. Sin embargo, Ken Bugul (personaje) parece no querer escuchar las palabras de Ken Bugul (escritora), la primera rechaza siempre todo consejo que le sea propuesto.

Bien es cierto que existen seres como Bugul que siguen y llegan, testarudos y silenciosos, hasta el final del camino que ellos mismos se trazan, sabiendo de sobra que lo que les espera al final del mismo no es sino el inmenso abismo. Los mismos que sienten la necesidad de tener que pasar por todas las etapas extremas de la vida para llegar a la conclusión de que la felicidad y el respeto de uno mismo están en las cosas más simples y menos interesantes del día a día. Ken se despoja por fin de todo lo que le ha concedido la civilización occidental¹⁹.

Concluimos este trabajo con una de las citas que abre su segunda novela. Es su primer contacto con el harén, del que felizmente formaría ella parte tiempo después. Algo desconocido para nuestra escritora, y más aún recién llegada de Europa, prácticamente con las costumbres occidentales aún en su maleta:

Esta puerta daba a un patio lleno siempre de gente, siempre se oían voces en él. Quise abrir con cuidado la puerta pero ésta se abrió con tal brutali-

¹⁹ La escuela francesa no la había preparado para todo eso. Los manuales escolares presentaban una sociedad perfecta donde todos tenían un sitio, los franceses, claro (Kane, 1998:13).

dad que me llevó a mí con ella y entonces fue cuando sentí mil rostros observándome.

Caras

Rostros.

Imágenes de mujer.

Mujeres sentadas, mujeres de pie.

Mujeres que iban y venían, mujeres acostadas.

Mujeres por todos lados.

Sólo mujeres.

Me dirigí hacia ellas.

¿Tenía que darles la mano a cada una de éstas?

Manos de todos los colores apretaron las mías, de todos los tamaños e incluso de todos los olores.

¡Manos de mujer!

(...) Las manos que me tendían iban siempre acompañadas de una sonrisa, de mudos interrogantes, de miradas profundas. Caras, rostros, manos...

(Bugul, 1999:26-27).

Le baobab fou, novela valiente y sincera es una confesión²⁰, a veces sorprendente pero siempre conmovedora, de una escritora que desea ajustar las cuentas con la cultura francesa (sus antepasados, los galos...) y los daños que ésta ha ocasionado a los colonizados haciéndoles creer que era también la suya. Desea también ajustar las cuentas con una familia que, en una África maternal, no ha querido amamantarla a ella, a Ken, a la que ha señalado como un ser sin valor. Sólo el *baobab* es quien la escucha y su único referente allí. Sin embargo nuestra escritora tiene que realizar este viaje iniciático para poder encontrarse consigo misma y sentirse orgullosa y segura de sus orígenes. Asumir África y sus costumbres, perpetuarlas, darlas a conocer, he aquí la labor ardua que Ken Bugul debe hacer en su trabajo de escritora y de mujer. Ella es la voz, una voz ronca por el sufrimiento y el orgullo, de una africana que, con la cabeza bien alta, dirige a los occidentales y a sus propios compatriotas sus errores cometidos. Es esa misma voz que oímos fuerte, gritar la frase, una frase que consideramos universal y de un valor inmen-

²⁰ “Pues en efecto, su ambición no era ‘escribir un libro’ sino ser testigo de sus propias vivencias como si la escritura terapéutica pudiera trazarle el camino de la búsqueda de la doble identidad perdida o no asumida, su identidad de mujer negra y colonizada” (Díaz Narbona, 1998: 45).

so: "Dejad, dejad que los niños vivan la infancia. Amadlos y acurrucadlos al calor de vuestros corazones" (Bugul, 1982:170). Con ella damos cierre al viaje iniciático de Ken Bugul en Europa.

Referencias bibliográficas

- Bâ, M. (1979). *Une si longue lettre*. Dakar: Les Nouvelles Éditions Africaines.
- Baudelaire, Ch. (1991) *Les Fleurs du Mal*. Paris : Gallimard
- Béti, M. (2003). *Le pauvre Christ de Bomba*. Paris: Présence Africaine. 1956.
- Béti, M. (2003). *Mission terminée*. Paris: Buchet-Chastel. 1957.
- Beyala, C. (1987). *C'est le soleil qui m'a brûlée*. Paris: Stock.
- Beyala, C. (1995). *Lettre à mes sœurs occidentales*. Paris : Spengler.
- Brahimi, D. (1998). *Les femmes dans la littérature africaine*. Paris: Karthala.
- Bugul, K. (1982). *Le baobab fou..* Dakar : Les Nouvelles Éditions Africaines.
- Bugul, K. (1999). *Riwan ou le chemin de sable*. Paris: Présence Africaine.
- Cuasante, E. (2007). Le baobab fou de Ken Bugul: Una escritura del desarraigo en Afroeuropa: *Journal of Afroeurpean Studies*, vol 1. n. 2
(<http://journal.afroeuropa.eu/index.php/afroeuropa/article/view/19/18>)
- Dadié, B. (1976). *Un nègre à Paris*. Paris: Présence Africaine. 1976.
- Díaz Narbona, I. (1998). Une parole libératrice: les romans autobiographiques de Ken Bugul. En *Estudios de lengua y literatura francesas*, nº 12 :45.
- Díaz Narbona, I. (2001). Une lectura à rebrousse-temps de l'oeuvre de Ken Bugul: critique féministe, critique africaniste. En *Études françaises*, vol. 37, nº 2:124.
- Djebar, A. (2001). *L'amour, la fantasia*. Paris: Le Livre de Poche.
- García Lorca, F. (2005). *La Casa de Bernarda Alba*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- González Alarcón, I. E. (2010). Musc, petit pagne et polygamie. *Francofonía*, nº 19, pp. 84-97
- Kane, Ch. H. (1998). *L'aventure ambiguë*, Paris : Julliard.
- Keita, A. (1975). *Femme d'Afrique. La vie d'Aoua Kéita racontée par elle-même*. Paris: Présence Africaine.
- Kouh-Moukoury, T. (2000). *Rencontres essentielles*. Paris: L'Harmattan.
- Laye, C. (1953). *L'enfant noir*. Paris: Librairie Plon.
- Mapaté, D. A. (1920). *Les trois volontés de Malic*. Paris: Larose.
- Moore, G. (1978). *Flowers of Passion & Pagan Poems*. Londons : Provo.
- Ousmane, S. (2002). *Les bouts de bois de Dieu*. Paris: Pocket.
- Pereyra, V. y Mora, L.M. (2000). Las voces del arco iris - textos femeninos y feministas al sur del Sáhara. México: Editorial Tanay, 2000.
(http://www.mujerpalabra.net/creadoras/derivadas/creadoras_africanas2.htm)
- Sampayo, S. (2009). *Princesa de África*. Barcelona: Planeta.

Sow Fall, A. (1987). *L'ex-père de la nation*. Paris: L'Harmattan.

Thiam, A. (1978). *La parole aux négresses*. Paris: Éditions Denoël/Gonthier.

Warner-Vieyra, M. (1982). *Juletane*. Paris: Présence Africaine.